

La Historia Oral y la Alternativa Universitaria

Pablo Pozzi¹

Hace ya una década y media que Dora Schwarstein estableció el Programa de Historia Oral en la Universidad de Buenos Aires. Si bien debemos destacar el trabajo pionero de Hebe Clementi, en aquel entonces poca gente se dedicaba a esta rama de la disciplina histórica. Por un lado estaba la misma Dora que, con Pablo Yankelevich, Patricia Funes y María Calderari, armó el proyecto de la historia oral de la UBA. Por otro se encontraban Ernesto Salas y el que suscribe que se dedicaban a la historia obrera post 1955. Finalmente, Liliana Barela y el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires habían realizado varias investigaciones, siendo la más destacada, e importante por su impacto social, la historia oral de los barrios de Buenos Aires. En realidad, en aquel entonces, pocos colegas aceptaban la historia oral como un método de investigación por sus vínculos con la subjetividad. En ese sentido Dora logró que el Programa, y la labor de sus investigadores, tuvieran una aceptación en el mundillo académico que fue fundamental para su desarrollo posterior. Hoy los practicantes de la historia oral somos muchos, como lo demuestra la fundación hace ya dos años de la Asociación de Historia Oral de la República Argentina.

Una década más tarde, y ante la defunción de Dora, la Facultad me nombró al frente del Programa. Eran una situación y un momento distintos al de 1993. En general se hablaba, y se aceptaba, la decadencia de las instituciones públicas universitarias y se notaba su escaso vínculo con la sociedad en general, que cada vez se encontraba más movilizada. El incremento en las movilizaciones y luchas sociales generaron nuevas necesidades e inquietudes en el común de la gente. Muchos buscaron en la historia argentina contemporánea una explicación para la crisis actual. La Historia como disciplina tuvo un pequeño auge; y la historia oral suscitó una gran curiosidad entre amplios sectores de nuestra población. Eso último se debió a que la Historia Oral ha intentado no sólo el rescate de la memoria de sectores antes marginados en su protagonismo, sino la comprensión de los niveles de conciencia de aquellos como protagonistas de esta historia, y de una realidad que puede ser modificada.

Asimismo, a partir del 2001 era moneda corriente entre los colegas que las “reformas” del menemismo, lejos de mejorar la situación, habían contribuido a la decadencia universitaria. En ese sentido, los compañeros que nos sumamos al

¹ Director del Programa de Historia Oral de la UBA. Representante de América Latina ante la Asociación Internacional de Historia oral. Pozzi @ anet.com.ar

Programa de Historia Oral vimos una oportunidad para hacer buena investigación, para rescatar la memoria de nuestro pueblo con vistas a su uso en el presente, y también para ir delineando lo que considerábamos debía ser la universidad argentina actual. También pensamos que había que demostrar en la práctica lo que planteábamos, y no en declamaciones. Dicho de otra forma: había que construir de abajo hacia arriba para ir forjando una alternativa al modelo universitario imperante. Así encaramos la nueva etapa del Programa en torno a tres ideas rectoras:

- el eje del mismo debería ser la construcción de un archivo oral, con soporte documental, que sirviera a toda la comunidad de la universidad y la comunidad en general. El archivo se construiría a partir de investigaciones particulares y debía enriquecerse con el intercambio y los acuerdos tanto con instituciones del exterior como con los institutos históricos municipales y provinciales. El criterio central era doble: por un lado la memoria es patrimonio de toda la población y debíamos buscar las formas para viabilizar, o facilitar, el acceso a la misma. Por otro, nuestra tarea debía construir algo que sucesivas gestiones y nuevos equipos investigadores pudieran construir y desarrollar. Así, buscamos de romper con el monopolio del conocimiento tan común en nuestro ámbito.
- el centro del Programa debían ser equipos de investigadores que realizaran una tarea que se volcara en publicaciones, presentaciones, asesoramientos, y otras actividades que fueran de utilidad a la sociedad. Consideramos que la categoría intelectual e investigador no está limitada a los claustros universitarios. Por ende, abrimos la participación en el Programa a todos aquellos que quisiera participar a partir de un proyecto concreto, viable y con seriedad científica. Sumamos así a profesores universitarios, a estudiantes, a egresados, y también a colegas de profesorado, a docentes y a vecinos. En todos los casos pusimos la precondición que los proyectos debían ser de conjunto, porque concebimos a la investigación como una tarea colectiva. Pero además, abrimos la participación a compañeros de historia, de antropología, de sociología, de letras, de ciencias políticas, de ciencias de la educación. Queríamos así quebrar fronteras disciplinares al mismo tiempo que respetando lo que cada una podía aportar desde su especificidad. Nuestro planteo no era interdisciplinario sino que concebimos la investigación como algo pluridisciplinario.

Por último, nos planteamos que el Programa debía tener como eje el salir hacia fuera y vincularse con la sociedad en general. Debíamos brindar nuestro apoyo a comunidades y agrupaciones, vecindarios y sindicatos para que pudieran realizar su historia. En todos los casos nuestro apoyo debía ser de capacitación y asesoramiento dejando los ejes y objetivos de cada trabajo e investigación al grupo social con el que nos vinculáramos.

Hemos llevado adelante los tres ejes durante los últimos cinco años, algunos con bastante éxito y otros con menos. Hemos logrado acumular un acervo de entrevistas y documentación cuantiosa, pero aún no hemos logrado que este acervo conforme un archivo con sus líneas específicas, su base de datos, y su construcción a largo plazo. Nos queda claro que un “apilamiento” no es un archivo y también nos queda claro que este es el desafío más urgente. Por otra parte, hemos logrado establecer intercambios y colaboración en cuanto a material con instituciones en México, Brasil, Venezuela, Estados Unidos y España. De esta manera hoy el acervo cuenta, por ejemplo, con entrevistas con antiguos guerrilleros mexicanos, con las narrativas de los esclavos negros norteamericanos, y con las entrevistas con trabajadores brasileños. También logramos desarrollar una importante labor de colaboración con distintos institutos históricos y organizaciones sociales, entre los cuales queremos destacar el trabajo e intercambio realizado con el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.

Los equipos de investigadores son cuantiosos y han tenido bastante éxito en realizar sus tareas. Más de 50 personas realizan tareas en estos equipos sin remuneración alguna, comprobando que si bien la investigación se facilita cuando hay financiamiento, un investigador no es sólo aquel que tiene un subsidio o un cargo rentado. Hoy hay investigaciones en curso en torno a:

1. Violencia y política en la Argentina, coordinador Pablo Pozzi
2. Exilio político a la Argentina, coord. Alejandro Schneider
3. Organizaciones sociales y terrorismo de estado, coord. Miguel Galante
4. Mundo del trabajo, coord. Alejandro Schneider.
5. Organizaciones sociales urbanas, tomas de tierras y asentamientos, coord. Pablo Vommaro.
6. Historia del peronismo, coord. Liliana Garulli
7. Cultura, política y transformaciones en los movimientos sociales latinoamericanos, coord. Mario Ayala
8. Movimientos poblacionales a fines del Siglo XX en el sur de Santa Fe: Migración y memoria de Pueblo Andino. Coord. Bibiana Pivetta.
9. Malvinas, verdad y memoria. Coord. Laura Panizo.
10. Historia de la Asociación del Personal de la Universidad de Buenos Aires, coord. Pablo Pozzi
11. La oralidad en la experiencia de Teatro Abierto 81'. Coord. Mágara Averbach

Cada uno de estos proyectos fue presentado y aprobado por el Consejo Directivo de la Facultad, y a su vez cuentan con investigaciones específicas en su seno. Los resultados de la investigación realizada hasta el momento se pueden constatar en los 22 cuadernos de historia oral que han sido publicados por el Programa en los últimos cuatro años, además de varios libros y numerosos artículos.

Pero la investigación no quedó allí. Reuniendo lo específico de la tarea del historiador oral con las necesidades sociales resultó en la conformación de equipos de investigación vinculados con sindicatos y comunidades. El criterio es que nuestra participación debe ser técnica para facilitar y posibilitar que la propia comunidad haga su historia. Así hemos colaborado con numerosos proyectos, algunos de los cuales han sido el trabajo con docentes de Saladillo que investigan la dictadura de 1976 en su comunidad, o el equipo que esta realizando la historia oral de la Asociación del Personal de la UBA, o con la comunidad aborigen de Santa Fe, o con la CTA de Tierra del Fuego, o con la escuela rural de Paso de Vélez en Córdoba, o con los descendientes de los sobrevivientes del genocidio armenio, o con la Municipalidad de Villa María, o con la Biblioteca Popular de Bella Vista en Córdoba, o con organizaciones sociales territoriales de Quilmes. También hemos establecido equipos de investigación conjunta con colegas de otros países, como por ejemplo con las universidades de Paraná y de Pelotas en Brasil, o la Universidad de Guanajuato, el Instituto Mora y el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

El último elemento central es el de capacitación. Dado que el Programa sumaba investigadores de muy variada formación y experiencia, lo primero que hicimos fue dictar una serie de talleres para ir formando y homogenizando a los investigadores. Estos talleres se hicieron extensivos a la comunidad en general, y en los mismos han participado cientos de personas incluyendo muchos vecinos de la facultad, distintas comisiones de la memoria (como la de La Matanza y la de Mataderos), docentes secundarios, trabajadores de fábricas y agrupaciones de Buenos Aires. Asimismo, hemos llevado adelante numerosos talleres y cursillos a través del país, desde Tierra del Fuego hasta Santa Fe, desde la Provincia de Buenos Aires hasta Mendoza. Estos talleres los hemos realizado gratuitamente –con los compañeros financiando pasajes ya sea de su bolsillo o de colectas locales y alojándose en las casas que nos brindaba la comunidad--. Por último, queremos destacar que el trabajo de capacitación conjunto con activistas y la Comisión Interna de APUBA en Filosofía y Letras nos ha permitido establecer, como parte del Programa, una Escuela de Formación Sindical que ha realizado ya varios talleres para activistas sindicales tanto en esta casa de estudios como en Mendoza y en Córdoba.

Podríamos abundar en la tarea realizada, pero creo que ya se tiene una buena idea de la misma. Asimismo, todas ellas han significado un desafío a nuestras concepciones tradicionales como docentes, como investigadores y como intelectuales. En todo momento nos hemos visto obligados a redefinir y a repensar nuestra labor.

Inclusive hemos tenido que responder a una de las preguntas más difíciles: en casi todos lados nos preguntan por qué no fuimos antes. Hemos respondido que como Programa debíamos forjar una nueva universidad que repensara su misión, metas y objetivos en base a revalorar la tarea intelectual caminando junto a la sociedad.

Debería quedar claro que esta respuesta no es compartida por muchos en nuestros claustros. Pero también debería quedar claro que en todo momento nos ha generado una respuesta y un afecto como aquel que algunos nos imaginamos cuando nos acercamos a las ciencias sociales y las humanidades. Para nosotros era evidente que no habría dinero, ni poder y que por lo tanto lo que es nuestra razón de ser es la función social, o sea los vínculos y la utilidad que la sociedad asigna a nuestra tarea. Por último, comprobamos que no se trata de largas discusiones programáticas, sino más bien de ir forjando una nueva universidad en el contacto permanente con la población. La retroalimentación que derivamos de este contacto nos plantea permanentemente nuevos desafíos, nuevos problemas, y nuevas formas de mirar y desarrollar nuestra tarea.

Creemos que este es nuestro aporte a repensar la universidad, a partir de la práctica específica y construyendo de lo pequeño a lo grande. Entendemos que toda labor intelectual es válida, pero también caracterizamos que existe una crisis de proporciones en cuanto a nuestra universidad y que es nuestro gran desafío como intelectuales elaborar propuestas y alternativas que devuelvan la centralidad social de la universidad argentina. En este sentido hemos encarado la tarea del Programa de Historia Oral como un microcosmos que demuestra fehacientemente que otra universidad es posible. La otra pregunta es si esta nueva universidad es deseable. Para nosotros no sólo lo es sino que estamos dispuestos a dar una batalla en la práctica y en las ideas para que lo sea. Así, concebimos de este pequeño balance como un puntapié inicial para una discusión que se debe saldar no sólo en la elaboración de proyectos sino en lo concreto de nuestra labor cotidiana.

En este enfoque y en esta tarea hemos sido apoyados y comprendidos por algunos, ignorados y denostados por otros. Así queremos agradecer particularmente al ex decano Félix Schuster que nos facilitó los primeros recursos y que aceptó nuestra propuesta de trabajo, más allá de las dudas que pudiera tener. Asimismo, agradecemos el apoyo de los compañeros no docentes sin cuyo apoyo constante, más allá de sus banderías políticas, no estaríamos aquí hoy. Y por último, le agradecemos tanto al decano de la Facultad de Ciencias Sociales, que siempre expresó su interés por nuestra labor, y al Instituto de Ciencias Antropológicas y a su Sección de Ethnohistoria que, más allá de alojar al Programa formalmente, nos han permitido desarrollar nuestra tarea sin trabas de ningún tipo.